

el corazón. Yo no estoy enferma de lo que dicen ellos; yo me estoy muriendo de prosa.

Alta, esbelta, de color mate como celaje de otoño, coronada de gracias que se esparcían dulcemente en polvillo de luz, que eran sus cabellos, sobre las frescas aunque pálidas rosas de su semblante, y con ojos grandes y rasgados cuyo mirar triste melancolizaba el alma de quien se asomaba á ellos, sumergíase, como en baño de flores, en el paisaje de la naturaleza, durmiendo en su regazo con los ojos abiertos frente al horizonte infinito... No era osado Manolo á turbar los éxtasis de su hermana, y dejándola olvidada fuera de la vida material, conversaba con Catalina, alma resignada, ya que no tranquila, sobre la cual revoloteaba, como símbolo de esperanza, un enjambre de mariposas verdes.

¿Te acuerdas?... era la pregunta de siempre, inmutable, eterna, estereotipada en sus labios rojos.

— ¿Te acuerdas? Papá me regaló una muñeca así de alta, y te empeñaste en sacarle los ojos por ver lo que tenían dentro, y al fin, se los sacaste. ¡Cuánto lloré aquel día!

Y luego, señalando el tejado :

— Allá arriba hacías tu casa en un cajón, y metido en él no querías bajar en todo el día;

pero papá iba á buscarte y te traía de una oreja ¡Qué malo eras... entonces!...

¿Te acuerdas?... Lo preguntaba con verdadera emoción fraternal, mirándole de hito en hito, pendiente de la contestación de Manolo. Él no recordaba nada de aquellas « tonterías infantiles »; sobre su alma, herida por múltiples emociones á cual más viva y punzante, habíase posado la esponja del ovido borrando los recuerdos de la niñez, y Catalina, sorprendida, le abrazaba diciéndole :

— Ya no nos quieres.

Era un ángel por el espíritu, y físicamente semejaba una palomita blanca esponjándose al calor del hogar...

Después de larga ausencia, sucede con los afectos lo mismo que con los cuerpos después de largo viaje, y es que, como éstos, están aquéllos remozados, flamantes, vestidos con todos los trapos de cristianar. Al rendir la jornada, el viajero se acicala, se viste el mejor de sus trajes, y preparado así y con el calorillo que presta la natural excitación del viaje, aparece nuevo y feliz... por algunas horas. También el cariño que se ha visto de lejos aparece rejuvenecido por la abstinencia y agrandado por la distancia...

No pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que

notara Manolo que había envejecido en el corazón de su familia.

« La pelea por eso que llama vida, escribía á una amiga suya, las tristezas é inquietudes de mi espíritu... ¡qué sé yo! ¡tantas y tantas cosas! me arrojaron nuevamente á esta playa ingrata para mí... Como sabes leerme y sentirme entre líneas, y oírme sin que hable, y leerme sin que escriba, no necesito comentar mi vuelta al país del desengaño, ni excusarme tampoco por no haberte escrito; ¿por qué, ni á qué escribirte? ¡Si pudiera contarte alguna ventura! ¡Si teniéndola ó no, pudiera llevar á tu espíritu la alegría que pide el mío y á tu corazón la esperanza que no tengo yo! Por primavera, allá en tu tierra, cuando flotan sobre el verdoso oleaje del campo multitud de motitas blancas y azules, rojas y amarillas, que son otros tantos brotes de flores, y los árboles esponjan sus nuevos ropajes en las márgenes del río, veía yo desde mi casita, perdida entre matorrales de la montaña, posarse la cigüeña sobre solitario árbol, seco, retorcido, negro, como herido por la maldición de Dios en forma de rayo tempestuoso. Más tarde, por otoño, cuando flotan sobre el amarillento oleaje del campo espigas dispersas en el naufragio de las plantas rotas y mustías, y los árboles sacuden temblando sus ho-

jas secas sobre el hielo de las fuentes, veía yo desde mi casita, perdida entre brumas y nieves de la montaña, alzar su vuelo la cigüeña despaavorida por las primeras turbonadas del Norte y abandonar el árbol retorcido y negro. ¡Así como la cigüeña, la esperanza que anidó alguna vez en mi alma voló bien presto en pos de un paraje menos abrupto y maldito...

» Se me cae encima esta factoría en donde he venido á enterrar la postrera juventud de la vida, y recuerdo con envidia los buenos tiempos en que arrastrábamos nuestra bohemia por los boulevardés de París y por las calles de Madrid, y después de cenar langostinos lavados en vino blanco, veíamos cara á cara las negruras del horizonte y echábamos á volar por entre las nieblas del Manzanares nuestras ilusiones y nuestras cóleras... ¡Cómo no recordarlo! Estábamos en el campo de las Vistillas á las tres de la madrugada de una noche de niebla en la naturaleza y de hielo en el corazón... Yo estoy todavía allí con nuestro pensamiento volando por el campo de las Vistillas, paseándome como un somnábulo por las afueras de esta vida prosaica y grotesca. »

El hastío que le invadió desde niño recrudeciase notablemente en su espíritu, que no podía ya distraerse con la efervescencia de la vida á

que estaba de antiguo acostumbrado. Sin amores ni odios, sin oficio ni beneficio, leyendo alguna página desesperada de un libro triste y mirando lo alto á ratos perdidos, tendido á la sombra de un árbol, apuraba desdeñosamente la vida en negra copa de adormideras. Afanábase por no intervenir poco ni mucho en las discordias y conversaciones de su casa; esquivaba el cotidiano trato de las gentes, porque entendía que, mientras más íntimas, más lejos deben de tenerse; vivía á solas consigo, cruzando á zancadas como fiera cautiva el espacio de su cuarto; tenía el cerebro, de puro devanárselo, como tortilla encéfálica, macerado el rostro por las contracciones del sufrimiento, roído el corazón por la impotencia... ¿Habría vuelto él, nuevo hijo pródigo, para complicar aun más de lo que estaba la situación de su familia? Al interrogarse, hiperbolizaba tal cual frase ó gesto que seguramente no tuvo pizca de malicia, y que traducía, sin embargo, en mohín de disgusto. Una tarde, de vuelta de un paseo, discurría con Catalina sobre las dificultades con que tropezaba para hallar ocupación que fuera provechosa á la par que digna de sus trabajos y merecimientos; y Catalina le contestó sencillamente, con fraternal inocencia :

— Yo me alegré mucho cuando supe que ve-

nías; pero me habría gustado más que hubieras vuelto con tu arreglo hecho.

Manolo palideció densamente.

Y luego, con la misma sencillez :

— ¿Por qué no pides el juzgado que, según dicen los periódicos, está vacante? No seas orgulloso, Manolo; más vale ganar algo que dejar de ganar.

Pocos días después, publicaba *El Zángano*, periódico satírico que había sido muy fustigado desde Madrid por la pluma de Manolo, un suelto que decía así :

« El célebre don Manuel Roldán, enemigo del país, á quien se le hacía poco el arciprestazgo de Indias, acaba de aceptar un juzgado en nuestra ciudad. Lo que dirá él, á pesar de sus humos: Á falta de pan, buenas son sentencias. Nosotros decimos : Aprended, flores, de Manolo, lo que va de ayer á hoy... »

## VI

Con la adquisición del juzgado, la casa se normalizó... Pero aquella familia, formada para las emociones, que se entretenía tejiendo y destejendo acontecimientos, no estaba tampoco conforme con la monotonía de la existencia que discurre

sosegadamente. Necesitaba, para poder vivir, inventar todos los días alguna cosa. Ya era Carlos, alma y cuerpo de las revueltas del barrio, que salía en coche de punto con tamaña valija de papelotes para demostrar al gobernador que era el alcalde redomado pícaro; ora Alfredo, camorrista consumado, soliviantaba los ánimos porque le llevaban á la prevención con motivo de haber proferido gritos subversivos en un *meeting* del casino; ó Concha volvía de visitas contando que había puesto verde á la esposa del gobernador « nada menos »; ó Catalina hacía cuestión de gabinete un olvido de la cocinera al guisotear un arroz con pollo. Cuando no tenían con quién, reñían entre sí, y, si no había fundamento para gresca, inventaban viajes. Los miembros todos de aquella familia, cuyas ramificaciones eran extensísimas, pasaban la vida cruzándose en los mares y vías férreas, saludándose en las estaciones, abrazándose en los puertos. Lloraban mucho al despedirse, sentían atrozmente la separación, pero... se separaban. Era una necesidad de su organismo, ¡irse! Ninguno se eximía de tomar un vapor, un tren, una diligencia, ó siquiera un carro. La misma doña Angustias no podía sustraerse á los mandatos de su temperamento de judío errante; y así, á pesar de su vientre y de

sus años, salía á lo mejor para el pueblo inmediato, en carruaje ó á caballo, acompañada de Carlos, que iba montado en una vaca si no tenía otra cabalgadura. Ninguno de ellos sabía tampoco, las más de las veces, á qué ni por qué se marchaban. Estupefactos, después del viaje, se decían á sí mismos :

— Pero, señor, ¿por qué habremos venido?

Y en seguida, para remediarlo, otra excursión, ó vuelta al punto de partida.

Adela, después de haber soñado mucho con hacer un pequeño viaje á Madagascar, Batavia y Japón, decía que ya no iba á ninguna parte. Inmenso desencanto habíase apoderado de la joven, y este desencanto era ya el único altar donde se prosternaba su alma dolorida. La antinomia entre el mundo de su espíritu y el mundo real hacíaese cada vez más irascible é irritante. Considerábase de derecho muerta, y se sentía atraída amorosamente al sepulcro... Manolo no tuvo la impresión de lo inesperado cuando la vió desaparecer para siempre, sin exordio y sin epílogo, como libro que se piensa y no se escribe; sin juventud y sin vejez, como flor segada prematuramente por el frío de la tierra...

La vistieron de blanco para enterrarla, en ataúd blanco, porque lo pidió ella, sobre lecho de aza-

hares cogidos en su jardín. Al cerrarle los ojos pareció á todos los de la casa que les miraba aún con su infinita ternura.

Aquellos ojos les seguían á todas partes, y cuando regaba Manolo las violetas que su hermana amó y cuidó tanto en vida, veíalos allí, palpitando de melancolía, como dos lágrimas caídas del cielo en el cáliz de las florecillas que se desarrollaron con la evaporación de sus tristezas.

Á nadie sorprendió aquella muerte, fría, lenta, razonada. ¡Había dicho Adela tantas veces que estaba harta de ver horrores! Para no verlos, hacía falta suprimirse del organismo humano, y se suprimió con estoicismo de suicida convencido. En presencia de aquel cuerpo joven, cuyo semblante habíase dignificado por la serenidad de la muerte, Manolo sintió que moría algo de sí mismo, y era que se marchaba de la vida la única alma gemela de la suya...

Una escarcha de muerte que se desprendía de la casa, como si ensombrecida por la tristeza de los ojos de Adela conservara aún efluvios de su mirada, invadía poco á poco, mucho tiempo después, el espíritu de Manolo, quien, para sacudirla, se escapaba vagando al azar. Era al caer de la tarde. Una atmósfera asfixiante y miasmática extraviaba la mente y angustiaba el corazón.

Aparecían los animales mustíos y aletargados, y se destacaban borrosos los árboles en un rescoldo de gigantesca hoguera que era el paisaje. El color verde, predominante en la vegetación, trocábase en color amarillento, de fuego, como si una lengua llameante hubiera pasado cortando el aire. El campo ardía. Respirábase fatigosamente en el seno de la muerte; y aquel silencio de agonía sólo era turbado de raro en raro por el crujir de las hojas secas sobre las cuales se arrastraban lagartos y lagartijos, y por el aleteo del pájaro de mal agüero que pasaba rozando la cabeza de Manolo y hundiéndole en los oídos su estridente y expresivo grito de muerte...

## VII

Surgiendo de un mar pendenciero y fanfarrón se levanta el islote colonizado. La metrópoli envió allí durante una centuria una emigración de hombres pobres, en su mayoría, que, forzados á renunciar á los amores todos de su vida, fueron á la tierra de la esperanza con una blasfemia en los labios y una protesta en el corazón... Estos hombres aventureros y levantiscos hicieron sin querer hijos en las mujeres negras, esclavas y envilecidas, que eran las hembras más baratas, y

la prole de ambas razas en oprobioso contubernio fué un horror berrendo sin precedente en la historia. Deshonrada al nacer, aquella prole bizantina manchaba cuanto tocaba con el pensamiento, no habiendo para ella honor propio ni honor ajeno, é, impregnada del virus de la indiferencia que tenía en la masa de la sangre, sentía singular desgana de toda obra digna y honrada, cuando no bostezaba de hastío en presencia de ella, ó se sonreía socarronamente con la cachaza y el amaño del etíope domesticado...

Aquella sonrisa era reflejo de la de Majagua. La populosa ciudad, desharrapada, vetusta y mugrienta, invadida por comercio de usureros, bloqueada de continuo por centenares de carros polvorientos y de carretoneros blasfemadores, con carne de lenocinio expuesta al desnudo en forma de pantorrillas y muslos en balcones de casas céntricas donde las meretrices se arremangaban las faldas para rascarse en público lo que no debe escribirse; con calles transformadas en urinarios y retretes y con viviendas convertidas en avisperos de monstruosas pasiones, la populosa Majagua, moderna rival de Sodoma y Gomorra, guarida de ladrones y antro de asesinos, empapada en alcohol como una cuba, sudando la po-

dredumbre de su viciosa administración y las serosidades de su roñoso cuerpo social, con el corazón atrofiado y la inteligencia agónica, sonreía siniestramente, no de otro modo que lo haría un moribundo sifilítico en el fondo de la fosa común.

La ciudad murió moralmente poco tiempo después de ser amasada sobre encombros de desatentado régimen político con sangre y lágrimas de una raza esclava, y ya no conservaba la menor noción del sentido moral, de tal modo que habría podido decirse, á juzgar por el desenfreno de la mayor parte de los habitantes, que jamás se conoció allí aquel sentido. Arriba, en el elemento metropolitano, la más desapoderada sed de oro para huír presto de parajes inclementes y restituirse holgadamente al solar nunca olvidado; abajo, en el elemento colonial, la maestría más consumada en el manejo de la perfidia y el disimulo para combatir á sus dominadores, y arriba y abajo una predisposición neurósica hacia los orgiásticos placeres en que se enfangaba la población, y una mortal indiferencia, si no una brutal mueca burlona por el honor, en todas las manifestaciones de la vida. Caras crapulosas, conciencias manchadas por el crimen, grandes anemias físicas, intelectuales y morales, gentes, en

fin, que eran desperdicios del montón, arrastrábanse cínicamente á la amarillenta luz de un sol que quemaba y bajo una atmósfera poblada de microbios, mirando con faz torva, como ganosas de quitar de en medio un estorbo, al hombre que tenía algo que perder y que no estaba resuelto á dejarlo en el naufragio que corría la honra en aquel proceloso mar de olas de ginebra y desverguenza del corazón...

En aquella sociedad, que era inhabitable, puesto que había perdido todo respeto á la vida y á la honra humanas, allí Roldán, con su vara de juez iba á administrar justicia... No le faltaban, á la verdad, excelentes propósitos de su inteligencia, ni fuertes estímulos de la buena sociedad de Majagua que, corrida y asustada, habíase expatriado á uno de los más lejanos barrios de la ciudad, de miedo á mancharse en el diario comercio de la existencia. Manolo no contaba, sin embargo, con la prensa, que él había amado tanto en otro mundo, destinada en Majagua á ser portadora de injurias y calumnias con las cuales se trataría de mancillarlo y suprimirlo de la vida en aquel organismo social. Pero Manolo no creía en ello, porque pensaba para sí:

— Se podrá herirme en la reputación de literato y abogado, pero la herida no pasará de ahí.

Grave error el suyo, puesto que no había para aquella prensa, con excepción de tres ó cuatro periódicos, cosa sagrada ni inviolable de tejas abajo; y así teníanle sin cuidado las reputaciones sin tacha, porque les aplicaba con el mayor desenfado el canon de injurias y calumnias que tenía establecido para el ataque. Usaba para todos los casos el mismo diccionario de dicterios, y si quería apurar el oprobio salía del paso colgándole al ofendido todos los muertos y las infamias todas de la redacción.

Borrajeaba aquella prensa una turba famélica, sucursal en la ciudad del bandolerismo que era rey de los campos; gente cuarterona, enemiga, por achaques de raza, de todo lo que sobresalía en Majagua, roída por legendaria envidia y alcoholizada de generación en generación; hombres, en fin, graduados de periodistas por arte de encantamiento, maratistas de emboscada, sin inteligencia ni instrucción, pero con toda la negrura de alma del director del harapo sangriento que se tituló *l'Ami du Peuple*, negrura que se derramaba sobre páginas asalariadas. Esta prensa, que vivía exclusivamente del pillaje sobre la vida y la honra, lo mismo atacaba los actos de un gobernador que las telas de un sastre; igual injuriaba la mitra de un obispo que las faldas de una corista,

siempre que le pagaran el ataque en moneda sonante, ó si no, en billetes. Las ofensas eran tanto más fáciles de hacer cuanto más impunes resultaban. El autor de la diatriba no era habido. Si el ofendido incurría, aguijoneado por deseos de reparar la injuria, en la necedad de provocar un lance personal, el periódico indicaba como autor á alguno de los consumados duelistas que se batían por tantas ó cuantas onzas y se pasaban la vida dando saltitos en las salas de armas; requerido el cual, contestaba en seguida:

— Yo boy al campo del honor.

Y... salía incontinenti de la casa de meretrices que le daba de comer. Si el agraviado se querellaba á los tribunales de justicia, *resultaba* autor del artículo algún caballero (de industria) que estaba en la cárcel cumpliendo condena. Todos los caminos estaban cerrados, porque la ley no concede el derecho de matar al criminal de nacimiento como se mata á una fiera dañina.

La sociedad, aterrada, sufría en silencio tamaño oprobio; la prensa sana, temerosa de incurrir en el enojo de las bandoleros que tenían la desvergüenza de llamarla *compañera*, no era osada á protestar; el gobierno hacía la vista gorda para que le dejaran mangonear á gusto, y así como negociaba con los foragidos del campo, comercia-

ba también con los foragidos de la prensa, la cual merodeaba tranquilamente haciendo copiosas libaciones de cognac con el dinero arrancado al gobierno, á la aduana, á las oficinas todas del Estado, al obispo y al sastre, al comercio todo y también á la honra de los particulares que se avenían á pagar un impuesto personal para rescatarla de las manos de aquella partida de facinerosos á caballo sobre plumas de ganso...

Nunca faltó en Majagua una hoja sucia que llevara la batuta del descrédito. Privaba entonces, cuando llegó Manolo, un titulado periódico, de nombre *Los Valientes*, del cual era redactor vergonzante un tal Frasquito Cataclismo, á quien se llamaba en voz baja « el mulato de los duelos » y que tenía fama de ser un Miura...

## VIII

El café de la Bomba, con su estrecho local y su modesto mueblaje, estaba, sin embargo, de dos á cinco de la tarde muy concurrido, porque era, por su situación, « un coche parado ».

Desfilaban por la acera del café, fatigados por un sol de fuego, dependientes del gobierno que « daban una escapada » para tomar un piscola-

bis de sandwich y cerveza; señoritos empolvados y olorosos á chipre que bebían en el mostrador sendas copas de cognac, confundidos democráticamente con tal cual carretonero, que antes de apurar la suya de ginebra estiraba y contraía el brazo derecho y lo enseñaba con orgullo diciendo al jefe del mostrador: « Tiente usted estos molledos! » horteras sudorosos y jadeantes que hacían un ligero descanso para humedecerse el gargüero; vendedores de periódicos voceando el robo y el asesinato que no faltaba ningún día; y bajaban y subían innumerables rippers atestados de multicolora gente; y la sensual mulata, que estaba debajo de los rayos del sol tan á gusto como el pez en el agua, cruzaba sin prisas la caldeada acera, balanceando las caderas con el lascivo descoyuntamiento de la hembra convulsionaria en el orgasmo venéreo. Por los espíritus de los transeúntes corría la neurosis como escalofrío de la locura, y por sus semblantes, pálidos y marchitos prematuramente, diríase que caía como salido del bochorno de la tarde un aliento de vejez. En frente del café, rodeando el palacio del gobierno como negra sabandija enroscada al muro de caserón vetusto, movíase á intervalos una hilera de desvencijados coches con escuálidos caballejos.

En el reloj moral de Majagua era aquélla la hora del chismorreo, de la difamación, de la calumnia, de la deshonra, en fin. Mordíase en todas las reputaciones con sin igual crueldad de jaguar hambriento sobre indefensa presa; hozábase en el basurero del gobierno, y, cuando la lengua de la murmuración no se hartaba con la palaciega excoria, buscaba comidilla rastreando sobre los pantalones y las faldas.

En aquella sociedad rendíase generalmente extraordinario culto á una ciencia aguanosa y á una literatura lírica y bailable, que era obligado tema de conversación en el café de la Bomba. ¡Todo el mundo quería pasar por sabio!... ¡Todo el mundo quería sentar plaza de poeta!... Cualquiera zascandil se graduaba de escritor eximio en una paradisiaca tierra donde bastaba y sobraba con saber hacer palotes para conseguir título de director de periódico y lanzarse con el sombrero ladeado y la breva en la boca á recoger ovaciones en el café.

La poesía pastoril estaba allí en alza. Eran aquellos vates unos grandísimos bucólicos, que no tenían émulos en el arte de pastar. Los había también hipocondriacos y nostálgicos cuyos ¡ay! ¡ay! ¡ay! no dejaban en paz á los vecinos, así como tampoco sus fotografías, que eran innumera-